

CONFIN

Martin S. Drasan



Capítulo 1

CAPITULO X

Hacia unas horas que Robert había llegado a Cracovia. El viaje no había sido muy largo y no estaba muy cansado por lo que había decidido, antes de ir su hotel, aprovechar el tiempo y comenzar a preparar su visita del día siguiente. Visitó diferentes instituciones oficiales y alguna oficina de turismo recabando información que en la visita de mañana le pudiese ayudar de algún modo. Habían sido horas en un sube baja del coche de traslados que le había recogido en el aeropuerto y a pesar de no estar apenas en la calle e ir abrigado de la cabeza a los pies, sentía a cada momento como la humedad le calaba cada vez más profundo. No podía creer el frío que hacía, nada era suficiente para impedir que el desagradable clima llegase hasta los huesos.

- Ya hemos terminado. Al hotel por favor. – Ordeno serio al volver a subirse al coche.

- De acuerdo Señor. – Contesto el conductor.

Robert miraba por la ventana mientras intentaba entrar en calor y pensaba nervioso en la visita del día siguiente, esperaba encontrar lo que estaba buscando... si no... le tocaría colarse por la noche, y esta opción no le parecía un plato de buen gusto. Su preocupación le inquieto desapaciblemente e intento conciliar y no ponerse en lo peor. Como tentativa para despejar su mente, decidió observar por la ventanilla la ciudad con una mirada turística. Nunca había estado en Polonia, pero si alguna vez se había imaginado Cracovia, desde luego no había sido así, ni nada que se le pareciese. A simple vista le pareció una ciudad imponente, limpia, de mucho verde, donde la tranquilidad reinaba sencilla y accesiblemente. Se respiraba paz en cada uno de sus edificios que permanecían intactos y en perfectas condiciones. Aunque Cracovia contaba con un inmenso patrimonio de valores culturales acumulados a lo largo de siglos, se podía percibir que no se había estancado en el pasado e irradiaba una energía excepcional. A pesar de no ir caminando, del frío obligado del invierno y tal vez por la cercanía de las navidades, en sus calles había vida y bullicio. No era la ciudad decadente, triste y gris que Robert podría haber imaginado conociendo algo de historia y sabiendo que se convirtió en la capital del Gobierno General de la Alemania nazi durante la Segunda Guerra Mundial.

- Señor, ya llegamos a su hotel en breve. ¿A que hora desea que le recoja mañana? – Pregunto el chofer que le había recogido en el aeropuerto.

- Lo antes posible. A las 7 estaría bien.

El conductor asintió impetuoso, pero Robert pudo advertir una rápida mueca de sorpresa en su cara, sabía que era muy pronto. Pero su visita no se iba a centrar solo en el interior del campo de concentración, y esto le llevaría tiempo.

Bajó del coche decidido a realizar un rápido check-in y obtener su habitación y así fue.

- Bienvenido al Indigo Krakow señor. – saludo un atento botones – le acompañare a su habitación. Sígame por favor.

Robert abandono una pequeña recepción llena de historia modernizada y avanza por los acogedores y llamativos pasillos del Indigo Krakow. Poco después entro en una habitación amplia y llamativa. "Matejko", la habían nombrado. Todo en ella llamaba la atención, la mayoría de sus paredes eran de ladrillo visto, sus suelos de rustico entarimado y los techos, con antiguas traviesas de oscura madera, sujetaban una gran lámpara de araña color ocre, innovadora y con modernas bombillas a la vista. Robert estaba cansado, su ojos se posaron con premura en la gran cama king-size. Acogedora, grande, perfecta. Adornada de almohadones de intensos colores y capitaneada por un escudo y aterciopelado cabecero rectangular de color marrón. El arte situado justo encima, sobre una pared de blanco apagado, le daba a la habitación un toque aun más hospitalario, pinturas muy realistas a las que asomaban distinguidos personajes de otras épocas o detalles de bonitos retablos y tallas. Un contraste perfecto con el resto de muebles íntegramente modernos y que en conjunto hacían de la estancia un lugar acogedor con tradición aburguesada. El sitio perfecto para descansar y desconectar, si la cabeza lo permitía, pues Robert tan solo se había concedido unos minutos de asueto y observación, sus pensamientos rápidamente acudieron de nuevo a mañana, el desasosiego y la ansiedad se mostraron apresurados, la noche se presentaba de todo menos sosegada y pacífica.

El despertador sonó insistente, Robert lo oyo desde la ducha y se apresuro a terminar para apagarlo de inmediato. Pensativo y concentrado, termino de asearse y decidió bajar a ver si su apretado estomago querría dejarle tomar al menos un café o un té, el día iba a ser largo, debía intentar llevar a la espalda algo más que nervios e incertidumbre.

Ya eran las siete y diez cuando el coche de traslados inició su viaje hacia el campo de exterminio de Auschwitz. Poco después de acomodarse en el asiento trasero del viejo Mercedes, Robert se frotó los ojos con los dedos intentando retirar el leve cansancio que sentía en ellos. La noche no había sido placentera para Robert, su cabeza no le había dejado descansar mas

de un par de horas seguidas, pero realmente esto poco importaba ahora, la astuta adrenalina ya se estaba encargando de recordar que habría otros momentos para las lamentaciones. A Robert se le hizo un nudo en el estomago, había repasado decenas de documentos y mapas acerca de la zona hacia la que se dirigía, pero aun así no estaba seguro de si sería capaz de encontrar lo que venía buscando. Tanto dependía de ello...

Recordaba la primera vez que tubo que buscar un Beorud. Había sido hacia mucho tiempo, e igual que ahora, realmente no sabía que buscaba. Todo se basaba en conjeturas, leyendas... él no era historiador o arqueólogo, pero tantas veces había tenido que ocupar a la fuerza estas profesiones, que ya casi las sentía como suyas. A excepción de los años en los que había trabajado en el Kriles, en los que se había mantenido más al margen de los Beorud, su vida siempre había girado, de cerca o de lejos, en torno a ellos.

Miró por la ventana delantera atisbando el camino y toda sensación de calma y melancolía se torno literalmente en angustia cuando sus ojos reposaron en el cartel de la población de Oswiecim.

- Quedan 5 minutos señor. Ya llegamos.

El metal frio se le clavó incisivo en la palma de la mano cuando los pies de Robert pisaron por primera vez el suelo del parking exterior de Auschwitz.

Tome Señor Connor, aquí tiene su tarjeta. El pase especial de entrada. Déjelo visible. – le aconsejo el chofer con mueca condescendiente - La guía se llama Shopie Bender y le esperará como en 15 minutos en la puerta principal. Yo le esperaré aquí en el parking. Puede entrar al recinto por allí. Siga las vías del tren.

La estampa en su conjunto era sobrecogedora.

Suspirando, se atrevió a observar todo el horizonte. Un edificio rectangular construido en ladrillo rojo se extendía a lo largo de un paisaje brumoso. En su centro, una torre de vigilancia cuadrada se elevaba dos pisos más cual cabeza centinela y con dos ventanucos en su centro y el enorme arco a ras de suelo el edificio se convertía sin duda en un autentico rostro fiscalizador. Con tejado negruzco por casco, sus pequeños y ávidos ojos negros y su gran boca propia, pedía ser alimentado por las alegrías, las ilusiones y las esperanzas de todos los que lograrse engullir y a cambio les devolvía al otro lado de sus muros llenos de miedos, penas, tristezas y castigos no merecidos.

Había visto muchas fotos de esta imagen, incluso películas de cómo los vagones cargados de personas inocentes, sin mas culpa que la de existir, entraban por aquellos grandes y oscuros portones, pero, aunque verlo

desde la lejanía era sin duda espeluznante, estar allí, solo, situado en la basta explanada y de frente al terrible edificio mirándolo fijamente, hacia de la situación algo realmente aterrador.

Apretó los puños, miro con rabia el atroz rostro y continuo caminando al lado de las vías del tren. A medida que avanzaba, su mente iba dando coletazos a las, seguro pocas cosas, que sabía de aquel lugar. Su piel se erizaba a cada zancada, sus pasos se hacían pesados, los pies querían ralentizar la marcha. No entrar en aquel lugar, era sin duda la mejor opción y su cuerpo lo sabía. De repente, en el desolado paisaje, apareció una figura al fondo del camino al lado de los grandes portones. Estaba como borrosa, poco nítida, sus bordes se difuminaban y se fundían en la estampa y aunque Robert entrecerro los ojos para enfocar mejor, nada cambio. A los pocos segundos apareció otra justo al lado de la anterior, cuyos brazos se movían rápidamente girando una rueda. Y sin más, a sus oídos comenzó a llegar débilmente una música de orquesta. Se fijo atento en los hombres, ya eran cuatro al lado de las puertas, distinguió fácilmente los cascos y uniformes que vestían, eran soldados, soldados de las SS custodias del campo de exterminio.

Robert se paro, respiro profundo, cerro lentamente los ojos y apretó con fuerza el símbolo en su mano. Volvió a abrir los ojos despacio y miro de nuevo al frente... pero nada había cambiado. El movimiento en la puerta del edificio había aumentado, varias personas se movían de aquí para allá, de adentro afuera, hablaban, ordenaban... podía distinguir diferentes uniformes y como algunos de ellos se colocaban en formación y saludaban a los que llevaban gorra en vez de casco. Robert reconoció la situación. Desde que había dado el primer paso en ese lugar, había sido consciente de cómo estaba su interior, de cómo se sentía. Un torbellino de emociones recorría constantemente cada poro de su piel y aunque intentaba reconducir y controlar este tumulto, le estaba siendo muy difícil, así es que no era de extrañar que todo se hubiese encauzado solo y que le hubiese llevado por el camino que conducía a donde se encontraba ahora mismo.

No era la primera vez que le pasaba, ver los recuerdos, vivir la historia en tiempo real como una película en realidad virtual, no era nuevo para él. Lo normal es que esto le pudiese suceder al tocar algún objeto con gran carga emocional y sentimental, pero aun siendo de lo más extraño, también le había pasado simplemente al visitar un lugar. Estaba claro que su sugestión era elevada, y ese torbellino de emociones que se había canalizado solo, le había llevado de nuevo, tal y como le paso en su visita a Iroshima, a no solo sentir la situación, si no a verla y a realmente vivirla. Recordó su ahogo, sus pulmones cerrados al oxígeno y la sensación de asfixia inminente que sintió en la ciudad. Nunca podría olvidar Iroshima, y al paso que iba todo esto, daba la sensación de que

tampoco podría borrar de su memoria Auschwitz.

Inmerso en sus pensamientos y siendo atento observador de la situación, Robert avanzaba expectante al lado de las vías del tren escuchando ordenes en alemán y la música de la banda tristemente alentadora. Mientras se iba acercando a la gran boca abierta, el frío se hacía cada vez más perceptible y sus sensaciones cada vez más reales, oyó detrás de él el silbato de un tren que se aproximaba reduciendo su marcha. Su primera reacción fue apartarse de las vías para evitar peligro, su inmersión era total en la situación. Posteriormente, miró hacia atrás y entre una espesa niebla divisó como la locomotora avanzaba por los railes. El humo salía de su chimenea blanco y espeso y se fundía con la niebla que tímidamente se disipaba al prosperar el tren y adentrarse en la inmensa llanura que rodeaba a Auschwitz. Su marcha se iba reduciendo y poco a poco comenzó a pasar por delante de los ojos de Robert. Su talante, impresionó a un Connor completamente absorto, era grande, destartalado y con vagones contruidos de arriba a abajo con listones de vieja madera que les daban un aspecto de búnkeres infernales. En algunos casos tenían unos huecos casi pegados al techo, que hacían las veces de ventanas, unas ventadas atravesadas muchas de ellas por finas tiras de alambres de pinchos. Robert observó con detenimiento la largura del convoy y su boca se fue entreabriendo para dar a su rostro un gesto de absoluto estupor. Había una inmensidad de vagones y a medida que el tren iba reduciendo su marcha casi por completo, era más visible la hermeticidad de cada uno de ellos. Los recorrió lentamente con una mirada atónita y pudo ver como en muchos de los vanos unas manos enrojecidas se agarraban a los alambres de pinchos, detrás, trozos de rostros con ojos expectantes se intentaban asomar a los ventanucos sin mucho éxito. En los huecos en los que los enrejados no existían, se agolpaban cabezas inquietas que miraban al exterior en busca de algo de información. Hombres, mujeres, niños, los ojos de todos ellos reflejaban una mezcla de sentimientos que Robert no había visto en su vida y que sin duda no creía que volvería a ver jamás. Las sensaciones de cada una de esas personas le llegaban como si él mismo estuviese dentro de ese tren, su corazón se sobrecogió. La mayoría de esta gente ni siquiera sabía a que venía aquí, les habían mentado, engañado y aunque ellos mismos no se auguraban nada bueno, realmente no podían ni imaginar las desgracias que les aguardaban en el campo de exterminio.

Connor miraba impotente la estampa, sus puños apretados querían lanzarse a abrir los establos móviles en los que habían encerrado a esas personas, sacarlos de ahí y hacerles correr en dirección contraria, su mente no lograba comprender absolutamente nada, ni siquiera encontraba una palabra con la que poder describir la situación, ni injusticia, ni vergüenza, ni desgracia... ni nada, ni todo junto... no existía modo alguno de narrarlo, su impotencia era tal que ya casi no sentía ni el frío y eso que a cada minuto se hacía más y más insoportable y se iba adentrando en todos los tejidos de la abrigada ropa que el hombre portaba, llegando sereno y

fuerte a cada poro de su piel. Un sonido agudo y estridente hizo que el tren se detuviese por completo y que Connor se alejara tímidamente de su trance, miro hacia el principio del convoy y vio como del vagón delantero salían varios soldados que bien abrigados y con paso arduo se distribuían a lo largo del tren y abrían las portones de cada vagón. De lejos, se seguía oyendo a la luctuosa orquesta tímidamente acallada por los gritos de los alemanes y a este soniquete se sumo el ruido de pasos unísonos que se acercaban implacables hacia el tren. La gente comenzó a bajar lentamente de los vagones, encogida por el frio y confundida por la situación, daban tres pasos y se pegaban unos a otros en lo que parecía un intento de proporcionarse protección, calor y calma. Familias enteras se estrechaban, se daban las manos, los padres escuchaban como sus hijos preguntaban incesantes y les daban la única respuesta que tenían, fuertes abrazos a mano abierta. Las palabras de aliento iban y venían, pero de poco les servía, ya que ahí estaban decenas de soldaos de las SS que a empujones, gritos y golpes, les iban a quitar por completo lo único que les podía quedar, su dignidad.

El hombre miraba la estampa estupefacto, su ceño era una mezcla de sorpresa y sufrimiento, respiraba de forma acelerada casi jadeante, mientras observaba como iban cercando a los ya prisioneros del campo de exterminio y como con gritos y empujones les iban llevando hacia la entrada, donde tres grupos de soldados habían situado unas vallas de madera haciendo caminos que se alejaban entre si y separándose cada vez más, llegaban a los laterales del edificio.

Los sollozos comenzaron a abrirse paso entre música y ordenes retumbantes cuando las familias se veían divididas atendiendo a un injusto protocolo de banales características físicas. Niños y mujeres jóvenes por un lado, hombres adultos por el otro y personas viejas o enfermas por otro diferente. Y si había rechazo o queja por parte de los recién llegados, entonces se devolvían golpes, empujones y gritos por parte de los anfitriones. La incertidumbre, el desconocimiento y el temor por ver perjudicada su integridad física, hacia que los nuevos inquilinos se comportasen tal y como se les ordenaba, y uno a uno iban desapareciendo tras los muros del campo de exterminio, del que más que probablemente no saldrían jamás, ni vivos, ni muertos.

Una solitaria lagrima recorrió lentamente la mejilla de Robert. Ser un Luminar tenia muchas cosas extraordinarias, pero vivir de primera mano situaciones como esta, no era una de ellas. Que difícil estar presente en una injusticia tal y no poder hacer absolutamente nada por cambiar una historia tan ruin y vacia. Su boca entreabierta dejaba escapar el calor de su cuerpo hacia un frio que cada vez se sentía más húmedo. Completa y absolutamente impotente y abatido, sintió como los sentimientos mas vacíos del mundo se apoderaban de su corazón y aprisionaban su alma.

Saberlo, verlo, vivirlo, sentirlo y no poder remediarlo.

- ¡Señor Connor! ¡¿Señor Connor?! ¡Oiga! ¿iSeñor Connor?!

A los oídos de Robert llegó desde la lejanía una voz chillona y peculiar que gritaba alegre su nombre. Al principio le sonó demasiado lejos, como un eco, pero poco después comenzó a hacerse más hueco en su cabeza. Su visión se empezó a nublar y las imágenes que le habían sobrecogido se difuminaban lentamente. Entorno los ojos, apretó sus labios y comenzó a sentir su cuerpo de nuevo. Tenía frío, mucho frío, pudo ver como la niebla se había disipado y comenzó a notar como suaves gotas de lluvia mojaban su cara.

- ¿Señor Robert Connor?

Las cejas del hombre se arquearon al percibir la aguda voz justo detrás de él. Se dio indeciso la vuelta y vio a una mujer menuda, rubia de pelo muy corto que portaba un abrigo de pelo negro con unas orejeras a juego.

- Sí, yo soy. Usted debe de ser – dijo ambiguo pasándose las manos por sus mejillas.

- Sophie, Sophie Bender. Su guía en Austwich. Bienvenido Señor Connor. Aquí le traigo un paraguas. Démonos prisa, por que parece que esta lluvia se intensifica. Sígame por favor.

Robert asintió. Se resguardo bajo el paraguas y echo un ultimo vistazo al sórdido edificio. Su nueva figura, ahora húmeda y aun más sombría, parecía querer advertirle de lo que le esperaba en las siguientes horas dentro de sus ceñidos muros.

Capítulo 2

CAPITULO XII

Al cruzar el umbral de una pequeña puerta metálica, Elsie Bender, cerro apresuradamente su paraguas.

- Los dejaremos aquí señor Connor. Están goteando. Además así no cagaremos con ellos durante toda la visita. – el hombre asintió - Tenga, le presto un chubasquero. Es más cómodo.

Robert cerró también su paraguas, lo depositó en el mismo paragüero negro que la mujer y mientras se enfundaba en la capa chubasquero verde botella, echó un vistazo a su alrededor. La sala en la que se encontraban era alargada, algo fría y con unas escaleras metálicas a su derecha. Apenas había divisado el lugar cuando la aguda voz de Elsie le interrumpió.

- Si le parece, vamos a comenzar por subir a la torre. Desde allí se divisa todo el campo y le podré explicar. – Dijo mientras se ponía también su chubasquero.

- Claro, perfecto. – Contestó Robert indeciso y apresurado.

Apenas había terminado el hombre su frase, cuando Elise ya pisaba el primer peldaño y subía apremiada por la escalera. Robert la siguió de cerca pensando en la razón por la que la mujer tendría tanta prisa. Desde que había llegado le había llevado a toda velocidad. Al inicio pensó que era por el frío y la lluvia, pero ahora estaba algo desconcertado, si la visita iba a ir así, sus intenciones de revisar todo minuciosamente serían difíciles de cumplir.

En seguida culminaron en el suelo del piso superior y tras escasos rápidos pasos hacia el gran ventanal, de repente, Elsie se detuvo, suspiro profundamente y miró a su alrededor. Estaban parados en medio de una sala cuadrada con techos no muy altos de rústicos listones de madera y rodeados de ventanas rectangulares con marcos negros. Robert miró a su alrededor. Las vistas eran realmente impresionantes. Una basta tierra se extendía ante ellos y por lo que suponía, toda perteneciente a Austwiz-Birkenau.

- Cada vez que subo a esta torre en citas individuales, siempre me impresiona la sensación al observar sus vistas. – dijo Elsie mirando al horizonte.

El silencio se hizo con el lugar. Robert pudo percibir como casi de cada poro de la mujer emanaba un profundo dolor. La tristeza iba invadiendo poco a poco la zona y una mezcla de ira contenida e impotencia se iban también abriendo paso. El hombre miró a su alrededor. Estaban solos. Entorno sus ojos, suspiro y concentrando en su interior consuelo y sosiego miró la espalda de su acompañante fijamente. Segundos más tarde su mano, emitiendo un suave y discreto albor blanco, se posó amistosamente en el hombro de Elsie.

- ¿Se encuentra bien señorita Bender?

La mujer parpadeo rápidamente. Sintió la mano de Robert en su hombro y suspiro. Su ira y tristeza se habían aplacado y una tremenda sensación de consuelo invadió su interior.

- Sí. Disculpe señor Connor. Me había quedado perdida en la inmensidad de este lugar por un instante.

La entiendo, es sobrecogedora la magnitud y más aún si se conoce minuciosamente su historia entiendo...

Sí. Bueno, verá... mis abuelos formaron parte durante unos años de Austwiz.

- Vaya... lo siento. Ahora comprendo su dolor.

Elsie miró a su interlocutor extrañada pensando: << *¿Tan evidentes son mis sentimientos?* >>. Hizo una mueca de incredulidad y prosiguió:

- Lamento el lapsus Señor Connor. Si se acerca por aquí, veremos la extensión del campo de concentración y exterminio y le podré explicar más detalladamente.

Robert asintió. Percibió una sensación de incomodidad por parte de la mujer y pensó que procuraría ser más cauto con sus palabras y acciones. Siguió a Elsie hasta los ventanales y la escuchó atentamente.

Sus explicaciones eran muy interesantes, con datos precisos y curiosos. Aunque en realidad a Connor le parecían frías y vacías. Daba la sensación de que las palabras de Elsie salían certeras de sus boca, pero tenían prohibido llamar a su corazón o rozar su alma. Una coraza fuerte y distante explicaba todo desde la lejanía... nada más lejos de su realidad. Robert se sonrió... se abstrajo por un momento de la explicación para mirar impresionado la magnitud del terreno. Barracones y barracones se extendían a lo largo de innumerables hectáreas de ardua tierra fría y solitaria. Al fondo, podía ver perfectamente las chimeneas de los hornos crematorios, donde tras dar una ducha mortal a los prisioneros seleccionados, se quemaban los cuerpos de más de 1000 personas al día, si era necesario.

Apoyo entonces sus manos en el alféizar de uno de los ventanales, el frío de la piedra atravesó punzante sus dedos y un escalofrío recorrió su cuerpo. En decimas de segundos, la música que le había transportado en el exterior se comenzó a oír de nuevo alta y clara. El hombre se dio la vuelta rápidamente para preguntar a Elsie de donde provenía, pero al mirar a su alrededor ella no estaba. En su lugar, había varias figuras que le daban la espalda uniformadas de verde, y que miraban atentas por las ventanas de enfrente suyo. Comenzó a oír como hablaban en alemán y se carcajeaban ruidosamente. Robert cerró los ojos... pero de nuevo nada cambió al abrirlos. El ambiente se hizo pesado y una ligera bruma rodeó la secuencia que admiraba. Comenzó a hacer calor. El frío de la calle se veía lejano y distante.

Una de las figuras, que pronto Robert identificó como altos cargos de las SS, señaló a través del cristal con su guante negro y un dedo inquisidor. Todos giraron su cabeza y se inclinaron para mirar. Al poco tiempo, comenzaron a decir palabras en alemán y a elevar el tono, parecían impacientados.

Robert se acercó cuidadoso hasta la esquina desocupada del lateral ojeado. Se situó a la misma altura que la primera fila de mandos allí presentes y miró por la ventana. Su corazón se encogió cuando vio la estampa.

El tren, cargado de personas, acababa de llegar minutos antes al campo de exterminio y el equipo médico, ayudados por los soldados, estaban clasificando a los nuevos prisioneros. Todo era exactamente igual a lo que él había vivido minutos antes, lo identificó perfectamente, solo que esta vez, la perspectiva cambiaba, ahora lo estaba viendo desde la disposición de los altos mandos del campo y del ejército alemán. Misma situación sí, pero tremendamente diferente perspectiva...

Connor se humedeció los labios y miró hacia donde señalaba el despiadado dedo del alto mando. Una niña, de unos 6 años, con pelo moreno, agarraba fuertemente el brazo a un hombre con un abrigo negro, mientras uno de los agentes y un individuo de bata blanca la mantenían en volandas intentando separarla. Miró un poco más a su derecha y vio a otra niña de edad semejante, estaba vestida de igual modo que la primera, se parecían mucho, y sentada en el suelo tras una de las vallas, lloraba desconsolada mirando la situación y siendo estrictamente vigilada por otro agente.

El hombre analizó la cruel estampa y giró la cabeza a su derecha para distinguir con claridad las diferentes caras de los allí presentes. Eran rostros sin corazón, serios, mezquinos e impasibles a casi todo. Mientras examinaba silencioso cada mirada, cada gesto, cada palabra, una oleada de carcajadas irrumpió en la secuencia. Pudo sentir como la mínima incertidumbre que antes se atibaba, se convertía en satisfacción, orgullo,

vanidad y sarcasmo, cuando, más abajo, los agentes de las SS consiguieron llevarse a las dos niñas arrastras y separarlas del que parecía su padre. Esté, completamente desencajado y desolado era ayudado a caminar por otros prisioneros de la fila.

Como si de un buen chiste se tratase, los hombres presentes en la torre, comentaban la jugada y se reían con sus observaciones. La cara de asco y repulsión de Robert no podía ser mas axiomática. Apretó los dientes hasta sentir dolor. Y tensó su cuerpo hasta que su frente comenzó a emanar gotas de sudor. El calor de la habitación se le hacia insufrible y todas las emociones que podía percibir le sobrepasaban. Se apoyó en uno de los cristales para sentir el frio que arduo atravesó sus manos sudorosas y buscando aun más alivio, dejo caer su cabeza y su frente hasta que esta tocó uno de los impávidos marcos de las ventanas. Sus ojos miraron desesperados las filas de gente entrando al campo. El nudo de su estomago se apretaba hasta unos niveles insostenibles.

Entonces, abajo, en una de las filas laterales, vio algo que llamo su atención. Uno de los prisioneros emanaba una luz distinta, un aura diferente... estaba aparentemente solo. Nadie hablaba con él. Caminaba abatido, con las manos metidas en los bolsillos de una amplia chaqueta azul marino que, estampado en color claro, lucia un pequeño símbolo su solapa. Robert creyó reconocerlo, creía haberlo visto antes...

La forma de actuar de aquella figura triste era algo extraña. Procuraba no mirar a nadie, no levantaba la cabeza. Y a pequeños pasos iba avanzando por el camino indicado sin sacar las manos de sus bolsillos. Nadie le miraba. Nadie le hablaba. Y al pasar el control nadie le registró. Nadie le pregunto absolutamente nada. El médico le observo por un segundo e inmediatamente le ordeno avanzar.

Connor se irguió lentamente interesado, poco a poco fue dejando atrás su malestar anterior y comenzó a observar inquieto a aquel individuo. Le siguió con la mirada y cuando comenzó a llover, como la visibilidad disminuyo, le persigió a través de todos los cristales de la torre. Le vigiló pacientemente viéndole incluso entrar en el campo y esperar en la fila a ser llamado para realizar el peculiar check-in de Auschwitz- Birkenau. La figura emitía inquietud y nerviosismo mientras vigilaba cauteloso al soldado que patrullaba su fila, que iba de arriba a abajo una y otra vez. Justo en una de esas idas, cuando el agente daba la espalda al prisionero, el hombre se agacho rápidamente al lado de uno de los edificios y cual rayo, tras una piedra grande y gris, escondió un objeto que Robert no pudo llegar a distinguir. Inmediatamente después, cuando el soldado comenzaba su vuelta, se sentó apresurado en la piedra y apoyo sus brazos en las rodillas con síntoma de cansancio. El agente de las SS se acerco de inmediato y le levanto de malos modos devolviéndolo a la fila ipso facto, pero sin percatarse de absolutamente nada de lo que había sucedido segundos antes. El hombre, ya en la línea de nuevo y

tremendamente mojado por la insistente lluvia, miró de reojo la piedra y cabizbajo siguió su camino hasta entrar en el edificio y desaparecer a los ojos de Robert.

Un ensordecedor trueno retumbo entonces en la torre de vigilancia y Connor salió apresuradamente de su trance. Miro a su alrededor y procuro ubicarse de nuevo. La lluvia fuera se había intensificado y Elsie le miraba expectante, como esperando algo...

- Bueno, ¿y qué responde? ¿que prefiere usted Señor Connor?

- El hombre arqueó las cejas un tanto apurado y busco una respuesta rápida y creíble...

- Me va a disculpar pero no he escuchado su pregunta con el ruido del trueno...

Elsie hizo una mueca de incredulidad y algo airada respondió.

- Le decía, que con está lluvia... y estos truenos, no podemos visitar los exteriores de Birkenau. Podemos irnos a la primera parte de Auschwitz, que es cubierta en su mayoría, y volver a esta segunda parte, mas tarde, cuando escampe. O si lo prefiere le puedo enseñar el video que tenemos preparado, tal y como solicito y a ver si así amaina y continuamos. El video estaba previsto para la hora de comer, pero... como usted prefiera.

- Pues yo creo que vamos a ir a la otra parte, a la primera y después volvemos aquí a Birkenau.

Perfecto, pues aviso al chófer y salimos en 5 mins. Robert asintió. Y mientras Elsie hacía las gestiones, volvió de inmediato al ventanal en el que había visto al hombre de la chaqueta azul realizar su hazaña. Observo la vista desde allí. La lluvia se había intensificado y no tenía buena visión pero le pareció increíble... no reconocía nada... todo había cambiado mucho, no identificaba el edificio y por supuesto no veía la piedra...

Connor suspiro. No sabia como lo haría... pero tenía que averiguar cual era el edificio, donde estaba esa piedra, ver si aun seguía ahí el objeto y sobretodo, saber quien era esa hombre...

<< ¿Tendría todo esto algo que ver con el Beorud?, ¿sería ese objeto que el hombre había escondido?. ¿y ese símbolo de su chaqueta...? Mi intuición no suele fallarme ...>>.

Sus pensamientos iban y venían, su cabeza daba mil vueltas a diferentes hipótesis y tan embebido estaba en sus reflexiones que no se dio cuenta de que alguien se acercaba por su espalda. Para cuando quiso ver en el cristal el reflejo borroso de un brazo elevado cayendo sobre su cabeza, ya

era demasiado tarde... un estallido de dolor recorrió arduo su cuerpo al sentir el golpe seco desgarrando la piel de su cráneo, y un chorro de sangre resbalo lentamente por su sien mientras se desplomaba.